

encuentran la llamada que los llene de esperanzas, centuplican la ambición y corren gritando como si fueran libertos. No hallan solución para los asuntos de carácter esencialmente interno en sus propias fuerzas morales, en su propia capacidad de meditación. El Departamento de Estado lo es todo. Han hecho una especie de Buda de ese organismo político.

¿Y hay algo que justifique la adoración de los políticos? Nada en absoluto. Por su falta de austeridad es que se ha producido el tutelaje que pretende descoyuntarnos. Como no adivina en el politiquillo de por acá otro sentimiento que el mezquino del hombre ambicioso, ha establecido un racero denigrante. El Departamento de Estado no es un organismo libre de influencias funestas. Las tremendas fuerzas que en los Estados Unidos trabajan día y noche por dar a esa nación la extensión y el poder del Imperio, llevan su influjo y reflujo al Departamento de Estado. De modo que si sobre los pueblos de la América hay intereses formidables conectados con el crecimiento del imperialismo, esos intereses juegan su papel en las decisiones de los políticos del Departamento. Todo no es pureza. Si el banquero quiere imponer sus procedimientos, pues da la batalla que resuelva en cualquiera de nuestros pueblos asuntos que no admiten más trato que el de los propios pueblos. Y es que la plutocracia norteamericana domina en verdad casi todas las actividades de la política. El Imperio no se formará sino es mediante una industria enorme, mediante un comercio absorbente, mediante una banca dominante. Y para conseguir cada una de esas fuerzas moldeadoras se da a la política del Departamento de Estado un carácter uniforme de tutelaje sobre la América. No contempla habitantes, sino territorios, una vasta extensión de territorios sobre los cuales hay campo para que se imponga el comercio. El Imperio tiene que salir del arte de todas esas fuerzas imponentes.

¿Es entonces natural creer en los propósitos de bien que algunos infunden a la política del Departamento de Estado? Cuando nos ata a pactos en los cuales a él toca resolver todas las cuestiones, no hace otra cosa que imponer designios de conquista. Quiere el papel de amo sobre estos pueblos, porque siente así segura la rienda del Imperio. Mientras nos vea sumisos a su mando no se enfadará ni hará ostentaciones agresivas. Ninguna política propia, es lo que el tiene escrito para nuestros pueblos. Y como habrá quienes quieran hechos y no palabras, vamos a volver a Raymond Leslie Buell, el publicista norteamericano que anda limando asperezas al trato que el Departamento de Estado nos da. Buell formuló su plan dentro del cual a su juicio debía moverse la política del Departamento. Reconoció el sentimiento de desconfianza y de protesta constante en que vi-

ven estos pueblos contra tal política. Pero no pudo separarse de los principios del imperialismo y dijo: "A fin de remover, o al menos aminorar, estos temores, propongo un acuerdo inter-americano según el cual ningún estado pueda ceder o arrendar a un estado no americano base naval o aérea, o derechos para construir un canal". Revela el encadenamiento de proposiciones y de hechos que el empeño es quitar a la América deliberación, su libertad para tratar con quien quiera. Los Estados Uni-

dos están a la cabeza y sólo a ellos deben los pueblos acatar cuando quieran tratar, cuando quieran darse el gobierno propio. ¿Cómo entonces vamos a desear los pactos, la alianza con Washington? Por esta aspiración de libertad es que deseamos que El Salvador no capitule, que sus hombres sean austeros y probos y digan al Departamento de Estado que están trabajando por las cosas de la patria con entereza y no dejarán que poderes extraños los malogren en la tarea.

Juan del Camino

Cartago, y diciembre del 31.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

De F. Gladkov, el autor de *Cemento*, acaba de publicar la Editorial CENIT, de Madrid, otra novela:

La nueva tierra. Apuntes de una maestra. Traducción directa del ruso por Piedad de Salas de Lifchuz.

En la colección «Novelistas nuevos».

Una obra de Rosa Luxemburgo:

Cartas de la prisión. Primera parte: Cartas a Carlos y Luisa Kautsky. Segunda parte: Cartas a Sonia Liebknecht. Trad. del alemán por Francisco Suárez.

La edita la Editorial CENIT en la serie «Documentos vivos».

Hemos recibido de los autores:

G. Alemán Bolaños: *La locura del mar*. Sketches arbitrarios. Guatemala. C. A. 1931.

Carmen Alicia Cadilla: *Los silencios diáfanos*. Poemas. San Juan de Puerto Rico.

Con la autora: Río Piedras. Puerto Rico.

Clementina Suárez: *Los templos de fuego*. Poemas. México. 1931.

Héctor Mininni: *Poemas de los caminos*. Montevideo. 1931.

Con el autor: Julio H. y Obes, 1174. Montevideo. Uruguay.

Agutín Vera: *Como en los cuentos*. Farsa escénica en un prólogo y dos actos. San Luis Potosí, México.

Eduardo Guzmán Esponda: *Bajo el sol del Brasil*. Editorial MINERVA. Bogotá. 1931.

Manuel Tijerino: *Stembra ilusoria*. Antifonas del sueño. Sol de abril. Y otros poemas. León. Nicaragua.

Carlos Izaguirre: *Inquietud*. Tip. Nac. Tegucigalpa, Honduras. 1931.

Con el autor: 132 Ferm Place, N. W. Washington, D. C., U. S. A.

José A. Hernández: *Tren*.

Con el autor: Av. San Martín 859 Miraflores. Perú.

Juan Machado Mena: *Con la camisa al codo...* Habana, Cuba.

Editorial BOLÍVAR.

Jorge Icaza: *Teatro*. Quito. 1931.

En la «Biblioteca Ecuatoriana», de que son directores Alfonso y José Rumazo González.

De Armand Godoy nos llega:

Le poème de L'Atlantique. París. 1931.

Les petits souliers roses, de José Martí. Adaptación. París. 1931.

Con el autor: 43 Rue Raffet. París. XVIe.

Como suplemento de *Barandal*, México, 1931, nos llega un cuaderno de Salvador Novo: *Lota de loco* (Fragmentos).

Augusto C. Coello hijo, en Tegucigalpa, nos ha remitido:

Luis Andrés Zúñiga: *Fábulas*. Segunda edición. Tegucigalpa, 1931.

Augusto C. Coello: *El Digesto Constitucional de Honduras*. 1824 - 1921. Tegucigalpa. 1923.

Y saben, sin embargo, los jesuitas que un pequeño librito, ligero, suelto, ágil, como las *Provinciales*, del formidable Pascal, puede caer sobre un Instituto con más peso que una serie de ingentes mamotretos de historia exhaustiva.—*Miguel de Unamuno*.

En el libro *Mahatma Gandhi, su propia historia*, transcrita por F. C. Andrews, «Editorial Juventud», Barcelona, nos hallamos estas interesantes referencias:

Para mí hoy el *Ramayana*, de Tulasidas, es el libro más estupendo de toda la literatura religiosa.

Hoy, sin embargo, comprendo que el Bhagavat es un libro muy a propósito para despertar el fervor religioso. Lo había leído en gujarate con enorme interés. Pero cuando oí trozos de él leídos por Pandit Madan Moham Malaviya, durante mis veintinueve días de ayuno en Delhi, desee haberlo oído leer en mi niñez por un devoto como él, a fin de haber podido apreciar el libro desde mis primeros años. Las primeras impresiones son las que más arraigan;